Hacia un Papa político

I la Iglesia ha estado siempre en el mismo tronco que el poder político, desde hace años las relaciones entre catolicismo y política son turbulentas, difíciles, equívocas. El Papa que suceda a Pablo VI tendrá que enfrentarse a una serie de problemas heredados, pero crecientes, en los que la Iglesia está hoy seriamente mezclada.

Hay un catolicismo que dialoga con el marxismo a niveles filosóficos; hay otro que milita en la extrema derecha y que tiene representantes de la envergadura de monseñor Lefebvre. Un catolicismo convive con el comunismo, con unas relaciones cambiantes, en los países del Este europeo; grandes grupos y personalidades -unas, jerárquicas; otras, populares- se oponen a la dictadura en los países hispanoamericanos, mientras otros lo apoyan. En el mundo occidental grandes temas de organización y estructura de la sociedad, como el de los anticonceptivos, el aborto, el divorcio, son concretamente políticos y forman parte de los programas de los partidos, de las campañas electorales; sin embargo, la Iglesia católica los considera privativos. Hay partidos católicos gobernantes o con aspiración al gobierno, como las democracias cristianas: concretamente en Italia la relación entre el Vaticano y la DC está apoyada mutuamente, y al mismo tiempo es objeto de desgaste mutuo. No hace falta ir más lejos de España para presenciar en estos momentos el debate político de la Iglesia: sus problemas ante una Constitución y una tolerancia de costumbres que abarcan divorcio y anticonceptivos, enseñanza estatal, espectáculos eróticos, libertad de expresión en los terrenos morales y en los doctrinarios. Una parte de la Iglesia recupera su sentido de cruzada frente a la Constitución, uniéndose de esta forma a las fuerzas no democráticas, mientras otra parte trata de buscar un compromiso entre estas "concepciones" y la defensa de una democracia que ha querido ayudar a venir y a estabilizarse.

En el Tercer Mundo la Iglesia pierde velemente su influencia: las misiones se han combatido por una parte como elementos de la antigua cultura colonialista, contrarias a la cultura autóctona; por otra, como conspiradoras. Hay obispos en las cárcel de Africa, misioneros expulsados o encarcelados en América Latina. Hay incluso en el mundo, todavía, una guerra que reviste características de guerra de religión: la del Ulster. El tema de Israel y los países árabes pasa, por la cuestión de los Santos Lugares, por el Vaticano.

Todo esto requiere un Papa político: seguramente la elección del Concilio lo tendrá muy en cuenta. Un Papa político no podrá, seguramente, unificar esta Iglesia desmigajada y comprometida; pero si la elección es acertada, podrá administrar todas estas ramas perdidas, recogerlas bajo su autoridad, aunque ésta tenga que ser multiforme. La Iglesia ha tenido siempre una gran plasticidad y una enorme facilidad alotrópica: con Pablo VI, frío y distante, pareció escaparle de las manos. Un Papa rígido y duro -al estilo de Pio XII- podría dañar mucho la ya dañada Iglesia; un Papa permisivo e indiferente aumentaría sus contradicciones. El acierto estaría en un Papa que sepa asumir las diferencias del mundo contemporáneo, las presencias distintas de la Iglesia, y saberlas administrar. No parece que sea una figura fácil de encontrar en este mundo. Pero se supone que un Papa recibe sus inspiraciones de otro, lo cual podría ayudarle.